

LA MIRADA APACIBLE

Antonio Gómez, un conquense del 51, nacionalizado extremeño desde hace años, ha venido construyendo una obra de creación absolutamente innovadora –de aquellos ya lejanos 20 poemas experimentales del 72 han pasado más de un cuarto de siglo- empeñada en demostrarnos que el elemento lingüístico no es imprescindible para la comunicación literaria. El artista sabe que la palabra es a lo sumo un elemento visual más, pero no el único ni el más importante. Si hemos de creer a San Agustín quien afirmaba que la situación humana viene determinada por la experiencia de la oscuridad que nos envuelve, hemos de concluir que es justamente la palabra -aun la más inocente- la que mejor se presta al hermetismo, o a lo ya no significativo en su propia estructura, a la destrucción. Así, el trabajo de Antonio Gómez tiende a lo deliberadamente marginal, porque no otra cosa pretende esta radicalización de lo poético en la que anda inmerso el artista emeritense. Su obra –la que ha de hacer- se centra en la experimentación como concepción de un mundo que debe ser visto y también dicho de otra manera, y cuya mirada ha sufrido incomprendiones y desfiguraciones de todo tipo por parte de quienes entienden lo poético como algo restringido a la palabra. Lo experimental poético propone la libertad de creación ejercida fundamentalmente a través de un trabajo sobre el lenguaje y sobre una práctica que se traduce en la destrucción de los discursos literarios tradicionales. “La aspiración al arte puro –escribió Ortega y Gasset en los años veinte- no es como se cree a menudo, una forma de soberbia, sino al contrario una forma de gran modestia”. Y este es el caso de Antonio Gómez –un artista modesto en el sentido orteguiano- que ha entendido que la función de la obra es la de manifestarse como una forma destruidora de formas, como una negación de las relaciones lógicas de la estructura convencional del lenguaje y todo ello sin la altanería retórica de algunos críticos, pero sí con la genialidad de un creador que ha sabido hacer de su arte una extraña forma de vida.

Los poemas visuales de A.G. parecen seguir aquel verso tan radical de Alberto Caeiro: “Yo si siquiera soy poeta: veo”. Así la mirada apacible de nuestro poeta –más irónica y desmitificadora que la del heterónimo pessoano- le lleva a construir, entre otras muchos, un poema con las cabeceras de conocidos periódicos españoles, donde puede “leerse” con socarrona sutileza: “Extremadura” / “Marca” / “Hoy” / “La Vanguardia” en “El País”; o este “Poema de amor”, en el que dos verdes hojas en forma de corazón aparecen unidas por un imperdible; o el excelente “Invasión”, donde unos soldados –presumiblemente yanquis- con la bayoneta al hombros aparecen ocultos tras media docena de cocalas, etcétera. “Reconozco (o creo reconocer) –escribió Heissenbüttel, y

lo firmaría sin duda nuestro A.G.- que el viejo modelo fundamental de la lengua: sujeto-objeto-predicado ya no aguanta más. Todavía lo usamos, pero ya está petrificado. Tiene un aire gastado, comienza a hacerse “clásico” en el sentido de los conservadores. Y donde los conservadores ponen la mano que contar con un cadáver”.

Pero nuestro poeta juega también –ya cada vez más- con los objetos, con objetos que en sus manos se muestran con una viveza inusitada. Entre estos trabajos me vienen a la memoria un inolvidable “Poema para ser lanzado”, que representa un bruñido canto rodado con esa irónica leyenda escrita, o aquella magnífica serie de reflexión objetual metapoética, a partir de la cual el artista reflexiona sobre el hecho de la escritura o de la no-escritura: el tallo con espinas de una rosa (símbolo como se sabe del poema) es para el poeta el instrumento que niega la palabra o que al menos la hace imposible sin dolor, sin sangre. Magnífica lección poética de quien, como Antonio Gómez, no necesita la palabra para decir el mundo con intensidad, honestidad y hondura.

ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO